

Laín, promotor de una «medicina en movimiento»

En su comunicación personal para el Coloquio Interdisciplinario celebrado en la Academia de Ciencias de Heidelberg, en marzo de 1983, sobre el tema *Antropología médica*, se preguntó provocadoramente el profesor Laín Entralgo: «¿Por qué no habría de surgir de Heidelberg una antropología médica de expansión mundial, como la necesita la medicina actual?» y trajo a colación la tradición heidelberguiana y su espíritu viviente, al cual pertenecen Max Weber y Karl Jaspers, Ludolf von Krehl y Victor von Weizsäcker.

Laín Entralgo ha remarcado, con gran prudencia, que el «constante motivo conductor» general de una *medicina en movimiento* ha alcanzado gran significación tanto en Heidelberg como en Madrid, y alcanzará aún mayor significación. Y yo debo constatar que, actualmente, en Madrid y a través de la persona de Laín, hemos encontrado el camino de una medicina antropológica comprensiva tanto de las ciencias de la naturaleza como de las ciencias de la cultura.

Teniendo en cuenta este tan dramático final del siglo XX, ante la *medicina en movimiento* y uniendo el homenaje al agradecimiento hacia Laín, concentraré mi aporte en tres momentos: 1. Los comienzos de una antropología médica a fines del siglo XVI. 2. La transición de la antropología médica a la medicina antropológica. 3. La contribución de Laín Entralgo a una medicina en movimiento de alcance mundial.

1. Comienzos de una antropología médica

A pesar de que el mundo y el hombre, en todo tiempo, han estado en el centro de las antiguas prácticas curativas, sólo puede hablarse conceptualmente de antropología en los nuevos tiempos. La palabra «antropología» no aparece en el *Corpus Hippocraticum* y no puede esperarse que aparezca en un sistema de relaciones en que el hombre sólo puede entenderse como concepto excluyente de *physis*.

Con el cristianismo, decididamente, el hombre pasa a ser el centro de una imagen del mundo fundada en la teoría de la encarnación y dirigida hacia una teología de la resurrección. Esto aparece más visiblemente en la plural y a menudo fascinante imagen del hombre de la alta Edad Media. En la imagen del mundo de San Hildegardo de Bingen (1098-1179) se manifiesta una constelación decisiva para expresar las esenciales dimensiones de la antropología. Allí la imagen del hombre consta de tres componentes característicos. El hombre es *Opus Dei* (1), *obra de la mano divina, ni autónomo ni autárquico, no es el producto del azar ni el resultado de una evolución, sino creado,*

devenido y construido muy concretamente. El hombre (2) no ha de ser pensado qua hombre, sino como varón y mujer, en un opus alterum per alterum, en el cual el uno se realiza con el otro. El hombre (3) es un opus cum creatura, obra en el mundo exterior; yace en un sistema ecológico de relaciones que es su misión en el mundo. Desempeña una función en el mundo, tiene un puesto en él.

La palabra *antropología* —véase el *Antropologium* de Magnus Hundt (1449-1519)— aparece por primera vez en Otho Casmann (1562-1607), astrónomo, físico y teólogo de Stade. En su obra la antropología es definida como *doctrina humanae naturae*, en la cual la naturaleza humana es articulada, de modo característico, en dos disciplinas, una *Psychologia anthropologica sive animae humanae doctrina* (Hanau 1594) y una *Secunda pars anthropologiae; hoc est: fabrica humani corporis* (Hanau 1596). Aquí resulta claramente comprensible la doble naturaleza del hombre: «*Humanae naturae seu Hominis partes duae sunt: Spiritus humanus seu Anima Logica et corpus humanum. Anthropologia proinde partes duae sunt: Psychologia et Somatotomia*» (p. 21). Cuerpo y alma existen como esencialidades separadas.

Escasa importancia ha otorgado la historia de la medicina a un tardío escrito de Otho Casman, aparecido en 1605 en Hamburgo bajo el título de *Nucleus mysteriosum naturae, enucleatus laboribus aliquando scholasticis*. En él se dice unívocamente: «*Anthropologia est pars Zoographiae, hominis naturam explicans. Hominis natura est essentia spiritualis et corporeae naturae in unum*». Y se concluye: «*Hominis partes sunt duae: Anima logica seu Spiritus, et Corpus humanum*» (p. 312). Cuerpo y alma han devenido un problema que no hallará solución definitiva ni aún en la moderna historia de las ciencias.

Bajo el influjo de Descartes (1596-1650) se advierte una serie de imágenes del hombre cada vez más estrictamente mecanicistas o espiritualistas. Según Bauer (1983) se pueden detectar tres corrientes: 1) La antropología ensaya describir una naturaleza humana a partir de una base morfológica, forjando una antropometría (o sea, un tipo afirmativo). 2) Los conceptos antropológicos intentan totalizar unas ciencias orientadas pura y naturalísticamente por medio de esbozos unilaterales (o sea, tipo compensatorio). 3) Una medicina antropológica intenta nuevamente unificar ambos aspectos para, de tal modo, obtener un esbozo global de la imagen humana (o sea, de tipo integrativo).

En los nuevos tiempos, el concepto de antropología tiene, a veces, exigencias sustancialistas. Véase, por ejemplo, el artículo pertinente del *Universal-Lexikon* de Zedler (1732), en que la antropología es definida como «una parte especial de la física» que estudia la constitución natural del hombre y que debe ser practicada por los médicos. Puesto que al emplear la palabra antropología cuentan también la «constitución moral» y la «teoría lógica», se origina una gigantesca ciencia, que obliga a derivar la constitución moral del hombre hacia la ética y las investigaciones sobre su entendimiento hacia la lógica. En el seno de la unitaria «ciencia del hombre» crece un espectro de disciplinas parciales.

Los inicios de una nueva antropología médica se hallan otra vez en el célebre *Lehrbuch der Anthropologie* (1822) de Johann Cristian August Heinroth (1773-1843). Según este autor, el hombre no se deja atrapar solamente en la investigación natural, puesto que «el verdadero concepto de antropología sólo puede surgir del concepto de hombre,

que no es otro que el concepto de persona». Se advierte la huella dejada en la antropología por «el principio moral» o «principio de libertad», el buscar «la humanidad en el hombre», su personalidad, que hace cada vez más importante la «introducción del sujeto en la medicina».

2. Pasaje de la antropología médica a la medicina antropológica

Un temprano antecedente de la «medicina en movimiento» que se une a los nombres de Richard Siebeck, Ludolf von Krehl y Victor von Weizsäcker encontramos en la obra del clínico de Bonn, Christian Friedrich Nasse (1778-1851). Aquí la antropología es vista como una teoría del hombre, comprensiva de todas las manifestaciones esenciales de lo humano, sanas o enfermas.

La especulación filosófica de su tiempo inclinó a Nasse hacia la investigación empírica del hombre, para la cual no halló la palabra adecuada, empleando términos como Psicofisiología o Somatopsicología —cuyo sentido era, en rigor, Sociopsicosomática— y concluyó por adoptar el nombre de Antropología como «teoría del ser total y la total vida del hombre». Atrajo soberanamente los juicios de sus contemporáneos, se hizo a sí mismo y a los demás confiando y ensayando en medio de la historia, incluyendo siempre sus experiencias personales en el debate científico.

La existencia de la antropología, como «ciencia total del ser y de la vida del hombre» despierta con Nasse en 1823, «pero no logra constituir un verdadero organismo». El punto de partida de tal humanidad orgánica sólo puede ser el cuerpo humano: en su desarrollo genético y en su encuadramiento social, en su diferenciación sexual y con todos sus despliegues históricos. Con este círculo vital peculiarmente diferenciado y de alta complejidad biológica, se abre un amplio fenómeno en el horizonte de la antropología: «las relaciones del hombre con los hombres y con todo lo demás, en tanto parte de la existencia terrenal». En este nivel, en primer término, nos experimentamos como humanos —costumbres, sexo, gestualidad, mímica, lenguaje— en interrelación con lo específico —edad, raza, temperamento— y, por fin, con la coloración peculiar que otorga la enfermedad. Unidos a ello están los influjos directos del clima, la luz y la temperatura, los efectos de los alimentos, el medio laboral, el metabolismo afectivo, en fin, toda la historia natural del hombre, que puede ser considerada como «la propia antropología», la plena cultura de la salud del «sex res non naturales», que luego será radicalmente eliminada de las ciencias exactas de la naturaleza.

Pero el hombre real es experimentado por nosotros sólo cuando totalizamos en la vida anímica la naturaleza y la historia a través del relacionamiento social del hombre. El instrumento capital de esta socialización no era para Nasse el trabajo, sino el lenguaje y éste no se originaba en las relaciones de producción, sino en el espíritu de la música. El lenguaje, empero, no es sólo un modelo social fundamental, sino también un medio psicológico que sale al encuentro del médico a través de todas las perturbaciones y que tiene su propia patología y aún su propia fisiología.

Con estas bases teóricas construye Nasse su sistema terapéutico, el cual, más allá de la mera asistencia al enfermo, comprende todos los campos de la vida civilizada: las